

Caño Amarillo

Uno no es capaz de imaginar siquiera las cosas singulares que es posible ver, en un golpe de azar, cuando visitamos alguna de esas casas reservadas, eso sí, al mediodía. ¿Recuerdas esa vieja calle de Caño Amarillo, roída por el óxido y comida de hormigas, dispuesta a recordarnos un hermoso pastel de bodas arruinado que los invitados no alcanzaron a saborear del todo? Bueno, allí quedó la fiesta lista y comenzada. La mesa dispuesta, decorada en mitad de un salón que debió resplandecer de luces como en la escena del brindis de Traviata; aunque, en realidad, un revuelo de trajes envuelve el lujo de las plumas y los abanicos de los años veinte. Luego viene la secuencia del banquete, apretada de primeros planos, donde no sería nada fantaseoso encontrarnos la calva y el monóculo de Eric Von Stroheim. Pero los invitados no llegan a devorar por completo el repertorio de manjares: inesperadamente, las luces se atenúan, los murmullos se apagan y el sueño se extiende como un polvo invisible por la doble fila de torsos y cabezas. Un momento después, el tiempo congelado descubre un panorama de polvo y corrosión; los vestidos petrificados, los ojo vacíos. Un viento fuerte podría reducirlo todo a escombros.

Claro que aquí, en mitad de la calle, la ilusión se disuelve rápidamente en un compendio mucho más oscuro y más pobre: sobrevive una moldura seca, una columna, una reja de bronce, la estructura de hierro del viaducto con sus faroles apedreados y su baranda verde de forja. En todo lo demás, la tiña ha hecho estragos; nada sólido ha podido escapar de la lepra. Al fondo de la calle, está la pequeña estación del tren de La Guaira trabada para siempre como una antigua máquina fuera de uso. Aquí llegó Carlos Gardel hace treinta años, cuando los automóviles usaban bigotes y algunos hombres volaban por encima de los árboles en sus bicicletas con alas. La calle se pobló de pajillas hasta el Capitolio. Carlos saludó desde la escalerilla de un vagón. De una oreja le salía Le Pera y de la otra Razzano. Alguien aseguró haber visto en una ventanilla a Tito Lusiardo, quien en aquel momento, en Buenos Aires, correteaba por una escalera rodando una escena para la Luminión. Bueno, esta casa de que hablé al comienzo, fué en tiempos mejores una quinta rodeada de jardines en Caño Amarillo. Un león viejo, de piedra, vigilaba la reja. Tú pasas la puerta y te encuentras en un silencio con olores fuertes. El olor recuerda un hospital de pobres. En el centro, hubo un patio descubierto que ahora es de tierra pelada, aunque una pileta sobrevive en parte.

Subo la escalera, que por ser de madera cruje terriblemente y me encuentro en un pasillo donde el aire es pálido y todas las puertas están cerradas; sólo una, al final, donde el pasillo se bifurca, permanece entreabierta. Un murmullo discreto me alcanza.

El cuarto se parece a otros miles en todo el mundo, tan fáciles de describir que no valdría la pena intentarlo. Recuerdo la marca del sol en unos mosaicos azules. Por la ventana, se divisan unas paredes rotas y más lejos los árboles del parque de El Calvario y la torre en punta de su capilla. Una mujer está sentada sobre el colchón, pues la cama ha sido desvestida; las frazadas se hallan amontonadas en el piso. Es muy niña, eso sí; morena.

Quien lleva la conversación en este instante, es una dama gorda, de piel lechosa que alisa una prenda menuda sobre una tabla de aplanchar. Su cabeza, que anoche estuvo llena de rulos, ha soportado un vendaval. La tercera en el cuadro podría pasar por su hermana gemela. Una última está sentada en el suelo — es negra y seguramente la más vieja —, con las piernas encogidas; zurce una media. En cada uno de sus hombros podríamos sentar cómodamente a un enano.

Comienzo por no entender lo que hablan, pues parece que se comunicaran en una lengua extraña, susurrante y rápida como si hablaran entre sueños.

De repente, la escena se anima: la niña que se encuentra echada en la cama, se pone rápidamente de rodillas y mira con malicia a la planchadora. Los ojos le brillan. Toda la cara le arde de entusiasmo. La gorda, pareciendo captar el reclamo silencioso de la pequeña, ríe y hace remilgos como si estuviera bajo una ducha fría.

Es entonces cuando parece que la figura se esponja, mientras va ahuecando los brazos y enrojando suavemente y entre tanto, de los hombros le empiezan a brotar las alas como si las llevara plegadas a la espalda o tal vez incrustadas en la carne, pues el movimiento expansivo de las plumas es lento y trabajoso. Al fin, llegan a ser verdaderas alas de ángel, carnosas y cargadas de plumas, las que se ensanchan en un último empuje hasta alcanzar todo su tamaño en reposo. Entre tanto, la pequeña ríe y se soba las manos.

En las restantes ha ocurrido algo semejante: aquella que permanece de pie cerca de la ventana, las ha desplegado por completo. Los extremos tocan el techo y es posible apreciar en ellos el grosor de los cañones y la carnosidad rojiza de los empalmes. La negra ha continuado zurciendo su media y las alas de color gris oscuro se extienden torcidas en el piso. La primera inicia un movimiento corto y palpitante que hace vibrar todas las plumas a la vez, a medida que sus pies descalzos se separan del piso y suben hasta la altura de la tabla de aplanchar; la otra ha levantado el vuelo y roza el techo a medida que se desplaza boca abajo de pared a pared; mientras la última inicia un vuelo bajo, pasa varias veces por encima de la cama y sus alas golpean el cuerpo de la niña que se retuerce y ríe feliz sobre el colchón desnudo.

Una vez que las cuatro mujeres van regresando al piso, las alas se recogen lentamente.

La pequeña, todavía anhelante, tiene lágrimas en la cara y mientras se disipa el último rumor de plumas, ella se mira con tristeza los hombros enjutos de niña, todavía estériles.

Sin pensarlo, me veo regresando por la vieja escalera. En el patio, un perro magro, erizado de huesos pasea su nariz por el polvo. Voy camino a la puerta de salida, cuando a mi izquierda un portal ancho, tapado por una cortina de felpa, despierta mi curiosidad por explorar aquel lugar.

Un momento después, me encuentro en medio de una oscuridad casi total teñida por un olor reciente de creolina y otro, muy anciano, de polvo y alfombras; hasta que gradualmente la sombra se destiñe y abre grandes claros alrededor por donde asoman las formas incompletas del mobiliario.

Seguramente me hallaba en un amplio salón de baile, ocupado en parte por algunos sillones y sofás tapizados que rodeaban unas mesitas bajas de mármol; sin embargo no me era posible apreciarlo todo en aquella penumbra, por lo que me acerqué con precaución a la pared del fondo y abrí de par en par una de las grandes ventanas de doble hoja. A través de la reja, observé un trozo de patio desierto, donde medraban despojos de albañilería.

El sol entró de golpe en el salón; me di vuelta y contemplé lo que ya antes había prefigurado en mi imaginación, guiado por los datos recogidos en la penumbra: es decir, un gran salón de baile, en medio del cual una circunferencia roja demarcaba la pista recién encerada. En todo el resto de la sala se hallaban ubicados los sillones, que por cierto parecían proceder de un comercio de viejo, pues casi todos eran diferentes en edad y apariencia.

Los había provistos de cubiertas floreadas, algo raídos por el uso y otros de barata tapicería en rojo vivo, verdes o azules. Pero lo que inmediatamente atrajo mi atención a un lado de la pista, fué el piano de cola de un negro profundo con heridas que trascendía a polilla y el anciano que apareció en el taburete, empeñado en una ejecución fogosa.

Debo aclarar que, aunque las manos de aquel viejo, que hacían pensar en raíces cubiertas de barro, volaban sobre un achacoso teclado, no escapaba el menor sonido del instrumento, como no fuera un rumor escueto de maderas producido por el roce de las teclas, como si allá adentro los martinets afelpados golpearan el vacío.

Me acerqué al vejete, que era en realidad una figura cómica provisto de una especie de nariz postiza, hábilmente incrustada en la cara y no me decidí a interrumpirlo, absorto como parecía hallarse — los ojos entornados, la boca entreabierta en aquella música inaudible. Los sonidos, no obstante, debían resonar en su cabeza con el más desbocado virtuosismo. De repente, el viejo separó de una manera brusca las manos del teclado como si las alejara de las llamas, hizo girar el taburete y me miró simulando una sonrisa cómica. Pude adivinar que no había un solo diente detrás de aquellos labios hundidos.

— ¿Qué hace usted? — le pregunté, comprendiendo en seguida que no tenía el menor derecho a interrogarlo.

Sin embargo, debo decirte que el viejo lo tomó de buen humor, pues se echó hacia atrás y figuró una carcajada que no tuvo el menor resultado sonoro, ya que su garganta parecía tan discordada como el piano mismo. Se levantó, luego de palmearse ambas rodillas y dio una vuelta completa alrededor del piano, para colocarse finalmente en medio de la pista. Realmente aquel salón era un lugar triste, tal vez porque lo observaba en una hora en que los recintos de naturaleza nocturna se revisten de una indolencia lerda y desteñida. Los colores aparecen desleídos y fríos y los objetos alrededor opacos, abandonados tras compartir una existencia efímera. Era esa la apariencia que ofrecía también a mis ojos la pintura desplegada a todo lo

largo de la pared: una alegoría de carnaval, donde flotaban en desorden caretas, labios, pantorrillas y por allí algún trasero al descubierto.

Una mirada al cielorraso me descubrió el gran manchón de una gotera que había perforado el cartón.

— ¿Quién es usted? — me decidí a preguntar al viejo.

— El diablo — respondió, tornándose repentinamente serio, oscuro como si acabara de brotar de un lienzo antiguo.

No me cupo la menor duda de que lo fuera.

— Vivo aquí — dijo — Es decir, vengo a veces y si puedo me distraigo un poco. Usted debería ver esto por la noche . . .

En efecto, brotó una luz rosada como si uno mirara al través de una tela de seda; en los sillones había bocetos de personas, hombres todos ellos, sin duda; vasos y botellas en las mesas y además la música del piano algo desconcertada y tambaleante, mezclada al rumor de las voces.

Te parecerá extraño; sin embargo fué así, de seguro. De repente entraron al salón las mujeres; las cuatro que acababa de ver en el piso alto y muchas otras. Todas llevaban vestidos de noche centelleantes, mostraban vastas desnudeces, pieles pulidas por el talco y el jabón de olor, los parches encendidos del maquillaje y en cada una un brillo de pedrería falsa.

El bullicio se desbordó al instante como si hubiera caído en aquel líquido rosado una pastilla efervescente y la pequeña pista se pobló inmediatamente de figuras que se entregaron con entusiasmo repentino al baile.

El viejo apareció a mi lado, aunque esta vez su aspecto y su figura eran totalmente diferentes. Vi a un hombre joven en traje de fiesta, la pechera blanca y un gran clavel granate en la solapa. Su dentadura brilló en la penumbra.

— . . . es completamente diferente — dijo, acabando su frase.

En aquel momento, advertí que algo extraño salía de en medio de su pelo, lustrado por el fijador. Era una pequeña forma viva, gelatinosa y trémula que brillaba de una manera sorprendente; sin duda una pequeña llama que empezó a resbalar por el pelo sin dejar de estremecerse; bajó a lo largo de una patilla y finalmente se pegó a la piel donde continuó retorciéndose.

El hombre sintió seguramente el cosquilleo y haciendo el ademán de quitarse una gota de sudor, arrojó lejos aquella forma móvil que desapareció en seguida en el piso.

— Qué impertinencia — comentó — Uno nunca acaba de arreglarse del todo.

Contempló un momento, satisfecho, las parejas que evolucionaban en la pista. La negra sacudía los grandes hombros descubiertos y yo podía imaginar a los dos enanos, que antes había supuesto cómodamente instalados en ellos, tambalearse y sacudir los brazos, asustados por aquel terremoto repentino.

— Míralas; son mis ángeles — dijo, sin ocultar una sonrisa cariñosa. — Unos ángeles dulces, viejos como el mundo y llenos de placer que no se agota nunca. Pues bien, no acaba el extraño de decir esto, cuando todavía con el sonido de su voz en mi oído, bajé la acera y me quedé un momento observando la estructura férrea del viaducto, que un día estuvo lleno de sombrillas, miriñaques y coches descubiertos donde desbordaban las crinolinas.

Dejé pasar un camión de mudanzas y crucé de una vez la calzada, dando así la espalda a esta vieja calle arruinada de Caño Amarillo.

Salvador Garmendia